



Domíngo 20 de Agosto:

"Bicycle race"

"Bicycle, bicycle, bicycle
I want to ride my bicycle
I want to ride my bike
I want to ride my bicycle
I want to ride it where I like"

Buena canción de **Queen** para comenzar el día de hoy. Yo quiero montar en mi bici, pero, ¡joder!, no a las seis de la mañana...



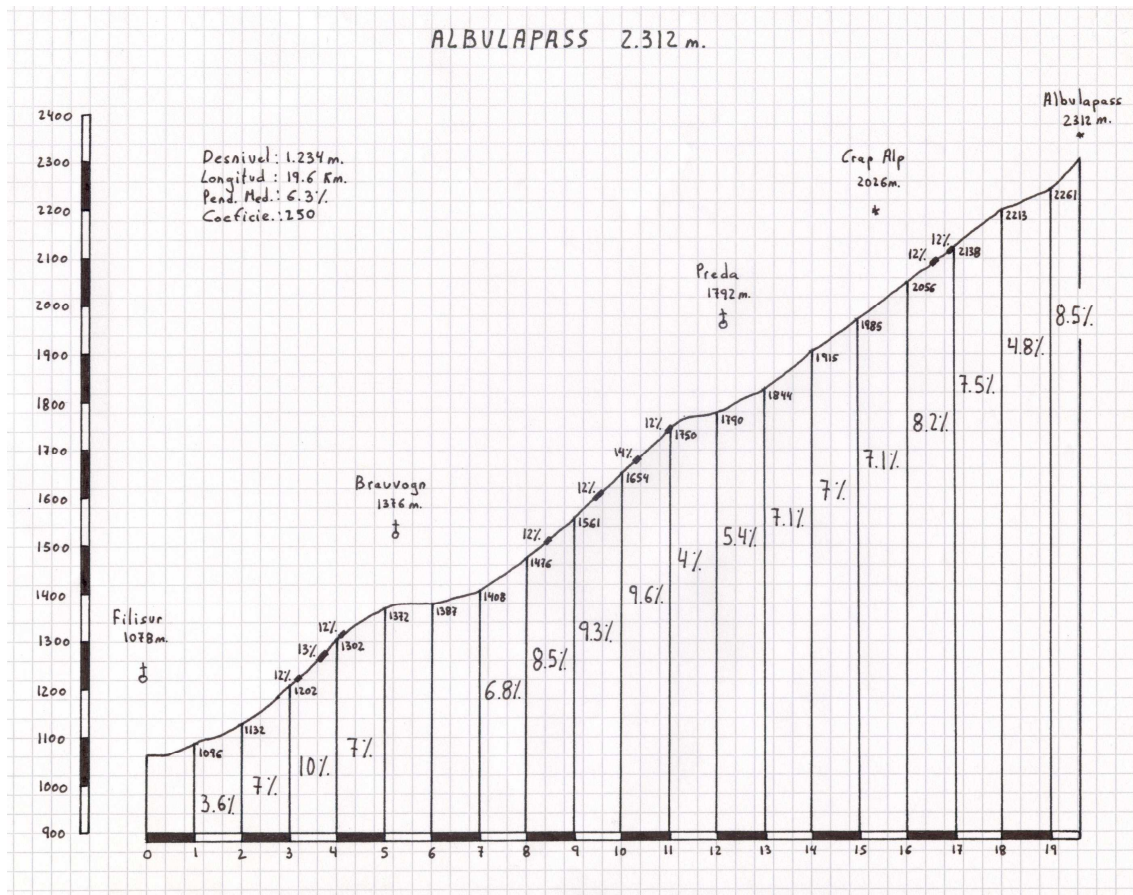
Nos levantamos a las CINCO, ¡qué barbaridad! Aún es de noche. Bajamos a desayunar y no somos los únicos. En los hoteles de la zona dan de desayunar a esta hora, pues están repletos de participantes. Para Eudald no es algo extraño, pues en la montaña muchas veces se levantan a la una de la madrugada o las tres. Ángel también tiene más experiencia que yo en estos madrugones, a mí que queréis que os diga, se me hace duro y medio dormido bajo al restaurante. Lo que más me preocupa es saber si mi cuerpo va a asimilar bien el ponerse en marcha tan temprano, pues no está para nada acostumbrado. De momento en el desayuno consigo que sin mucho esfuerzo me entren dos buenas rebanadas de pan con mantequilla y mermelada, algo de yogurt y por supuesto le doy al café con leche de lo lindo.

Cargamos todo el equipaje en el coche, bicis incluidas, puesto que la línea de salida está a unos kilómetros y cuanto más nos acerquemos pues mucho mejor. Finalmente conseguimos dejar el coche en un parking bastante grande y que está lleno de ciclistas que como nosotros van a participar en la prueba. Nos damos prisa, pues no andamos sobrados de tiempo, cerramos el coche y a por la salida. Para llegar a la misma hay que bajar algo más de un kilómetro, duro, duro. Bueno a la vuelta habrá que volver a hacerlo. Finalmente a las 6.20 estamos en la línea de salida. Ni se por donde anda la cabeza de la misma, yo de momento bastante tengo con pensar en que no tengo frío. Está amaneciendo, pero todavía no es de día. Finalmente y puntuales como un reloj, suena el disparo y comienza la prueba. Ni me he colocado adelante, ni tengo en mente hacer rápido la prueba, con lo que traemos de los días anteriores y con lo que aún queda, el temido Alpe Fuori, mi idea inicial es cubrir la marcha con tranquilidad. Así salgo y el comienzo que es en bajada lo hago muy despacio. Estamos bajando lo que luego tendremos que subir al final de la prueba. Así unos cuantos kilómetros que bajo muy concentrado y helado de frío, hasta me lloran los ojos. Tras este descenso, la cabeza ni se ve y estoy bastante atrás. En el llano y para entrar en calor le digo a Eudald que voy a apretar un poco.

Dicho y hecho, comienzo a apretar en el llano. Paso mucha gente por la izquierda, pero no me sigue nadie. Mi idea es formar algún grupo, pero nadie se une a mí. Conclusión, me pego un calentón terrible para cuando llego al inicio del primer puerto del día, el Albulapass. Empiezo a subir y lo primero que tengo que hacer es regular, puesto que he llegado bastante fundido. Mi idea era hacer la prueba tranquilo, pero tras este calentón ya voy a tirar hacia delante. El frío mañanero pasó a la historia y voy con una buena sudada. Lo primero que hago es mirar la altitud y veo que estamos por debajo de los mil metros, así que si el Albulá supera los 2300, nos enfrentamos a al menos 1400 metros de desnivel. Pues voy a tener que regular muchísimo, porque voy bastante cansado. La subida procuro hacerla siempre holgado de desarrollo. Juego mucho con lo piñones y aunque creo que con el 39x25 podría hacerse bien, en algunos momentos paso al 30x21. Hasta que no quedan unos ocho kilómetros no empiezo a dominar la subida. He querido forzar un poco en la parte de abajo, pero las piernas me han dado un par de toques, y es que el día de ayer fue durísimo y se está notando. A falta de cinco kilómetros sí que veo que tengo la subida controlada, así que acelero para buscar un buen grupo de cara al descenso. Durante la subida he ido pasando a gente que a su vez me ha ido pasando, a ratos me pasaban y a ratos los pasaba yo. Una vez que cambio, se vienen dos conmigo.



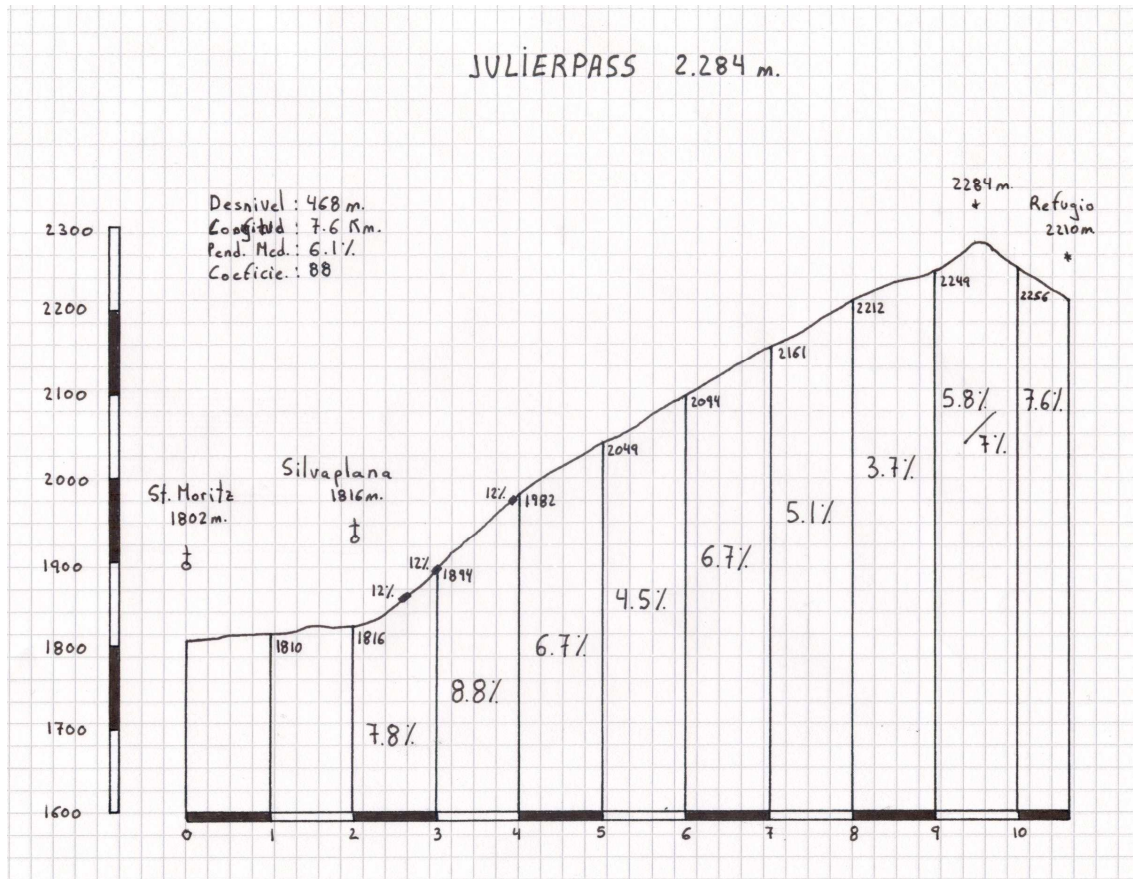
Por fin coronó el Albulapass con sus 2325 metros. Se ha hecho duro, sobre todo porque he llegado bastante asfijado a su inicio.



Albulapass: Coeficiente Ángel-Mario 250 APM: 277

Tras llenar los botellines y coger algo de comida, comienza un rápido descenso. Me abrigo con el chaleco y los manguitos, de todas maneras voy muy concentrado y no paso nada de frío. En el llano entro en un grupo numeroso de unas 25 unidades. Se va muy rápido. Aquí me escondo, no tengo las piernas como para dar relevos. La verdad es que nos escondemos la mayoría y eso no parece gustar a los de adelante, que nos llevan a tirones. Hay auténticos latigazos y comienza la serie de calentones que me voy a dar en esta prueba. Cogemos a un grupito que estaba por delante. Llegamos a un cruce donde nos separaremos, los que hacen la larga se irán en dirección a Italia y los que hacemos la corta tomaremos el cruce a la derecha en dirección a St Moritz. La larga tiene 220 kilómetros y 4000 metros de desnivel, la corta se queda en 125 kilómetros y 3000 metros de desnivel. Con el tute que íbamos a traer, participar en la pequeña nos parecía más que suficiente, además luego hay un largo traslado hasta Italia.

En el cruce nos dividimos y nos quedamos un grupo de unas 20 unidades. Se va muy fuerte y a relevos. Tienen interés en coger a un grupo de unos cinco que van por delante bastante rápido. La verdad es que cuesta cogerlos, pero finalmente y tras los relevos de un "rubiales", que son tremendos, entramos con ellos justo cuando va a comenzar el Julierpass.



Por este lado es un puerto bastante llevadero. Coeficiente APM 91, muy similar al de Ángel-Mario que se queda en 88.

Comenzamos la subida unos 25 y yo me pongo a seguir mi propio ritmo. La verdad es que ahora, mediada la prueba, me empiezo a encontrar mejor que en el comienzo y además he ido varios kilómetros a rueda que me han permitido recuperar fuerzas. Cuando miro atrás observo que me he quedado sólo, me voy dando cuenta que la gente en esta prueba ha ido de más a menos, todo lo contrario que me ha sucedido a mi. Sigo mi propio ritmo y voy cogiendo ciclistas sueltos, primero dos y más adelante otros cuatro. Este grupito de cuatro los cojo justo antes de coronar, les meto un poco de tiempo para tener margen y detenerme un momento en el avituallamiento. Ellos no paran y me adelantan. Me doy prisa para no quedarme sólo y comenzamos el, ahora sí, largo descenso del Julierpass.

Puedo verles un par de curvas más abajo mientras comienzo un rápido y peligroso descenso. Cuando apenas he comenzado a descender me alcanza otro corredor por detrás. A partir de ahora a este simpático amigo le apodaremos “el viejito”. Tendrá sus años, no se cuántos, pero el tío tiene una pinta de ciclista tremenda. Me da la impresión que éste no se baja de la bicicleta en todo el año. Está “más chupado que la pipa de un indio” y tiene unas finísimas y a la vez fuertes piernas. Se conocerá el puerto digo yo, por cómo ha comenzado a bajarlo. Traza las curvas mejor y más rápido que yo. En las rectas acelero a tope para alcanzarlo y que no se me vaya. Yo creo que va pendiente del grupo de delante. Me dice algo en alemán. Por supuesto no le entiendo “ni papas”, pero creo que no es momento a 80 kilómetros por hora de empezar a contarle, verás, no hablo alemán, vengo de fuera, etc. Mejor lo dejamos para luego. Le digo “yea yea”, le paso un par de relevos, sobre todo en las rectas y enseguida enlazamos con los cuatro de



adelante. En ese instante y a más de dos mil metros se pone a llover. A diluviar por momentos, con granizo y todo. Esto convierte la bajada ya de por sí peligrosa en peligrosísima. Empiezo a dejar una distancia de más de treinta metros con el ciclista que llevo por delante. Por supuesto, esto no lo entienden en el grupo y no tardo en quedarme el último del mismo. Van todos juntos y yo a treinta metros. Cada vez que hay un descanso, el puerto es muy irregular y ofrece muchos, yo me pego un calentón tremendo para volver a entrar en el grupo. Está claro que esto me hace gastar fuerzas, pero no me importa, así voy más seguro. Además estoy tranquilo porque creo que soy el más fuerte del grupo como he podido ver en la subida. Cazamos a otros dos que iban por delante y ya somos ocho. Voy empapado y el chaparrón sigue. Para distraerme visualizo el momento de la llegada en meta y yo yéndome directamente a la zona del masaje, donde una preciosa masajista me estará aguardando con una sonrisa de oreja a oreja y pondrá mis piernas en perfecto estado de revista. Bueno tampoco nos pasemos, si es un masajista y me pone las piernas bien, pues también bienvenido sea, pero es lo que pasa por mi mente y puedo pensar lo que me de la gana, ¿no?, así que de momento y hasta que no lo compruebe por mi mismo, será una preciosa masajista. Quieras que no, esto ayuda a pasar mejor los momentos más difíciles, porque hace mucho frío y el granizo duele. Una tormenta por donde suelo andar me cazaré a trescientos o cuatrocientos metros de altura como mucho, pero aquí estamos a dos mil. Ya os he dicho que el descenso es muy irregular y en una de estas nos vemos todos superando un repecho. Compruebo que voy fácil en el grupo, me da tranquilidad para darles margen en la bajada, pues en mi opinión se está bajando muy fuerte para cómo está el suelo. Continuamos bajando, y en una recta sucede lo inesperado. Uno del grupo se va al suelo. Es tal el aguacero, que le patina la rueda y se mete un trompazo tremendo, arrastra con él al que tenía justo detrás que no puede esquivarlo. Por un momento me da un vuelvo el corazón, freno, pero no a tope porque sino yo también me iría al suelo. Lo tengo claro, yo también me voy a ir al suelo, no voy a poder esquivarlos. Milagrosamente consigo evitarles por un palmo y no les toco ni a ellos ni a sus bicicletas. Gracias a esos treinta metros que les estoy dejando en cada momento, he podido evitar una caída más que segura. Miro hacia atrás y veo que ambos van a por sus bicis, menos mal, no ha sido mas que un susto. Pero podía haber ocurrido una tragedia porque el tráfico está abierto y ellos han ido a parar al carril contrario y sus bicis a la mitad de la carretera. Quinientos metros más adelante estoy haciendo gestos a los coches que suben para que vayan muy despacio. Pero, ¿y si estos coches hubiesen coincidido en el momento de la caída? Mejor ni pensarlo, tragedia segura. Durante un rato voy con el corazón en un puño y las piernas agarrotadas por la tremenda tensión que he pasado. He estado muy cerquita de irme al suelo pese a todas las precauciones que estoy tomando, sin ellas hubiera ido con total seguridad, puesto que me hubiesen arrastrado con ellos al no haber tenido margen para poder esquivarlos.

El grupo se ha cortado. Por delante va “**el viejito**” con otro y por detrás otros tres. Yo voy sólo y tengo a todos a vista en una larga recta. Aprieto los dientes y a por ellos. Otro calentón y no se cuántos van ya. Cazo al grupo de tres y me pongo a rueda para que me lleven donde los de delante. Pero pasan unos kilómetros y nos están manteniendo la distancia. En un momento dado, dos de mi grupo se abren y pasan de todo, es como si ya estuvieran hartos de ir deprisa y bajan el ritmo no queriendo saber nada. El de delante me deja pasar. Bueno pues tendré que cazarlos yo. Meto todo lo que tengo y pego un acelerón tremendo, cuanto antes los cace mejor. Por fin entro, miro hacia atrás y veo que los tres que iban conmigo se han quedado, han pasado de todo, o quizás no hayan tenido ya más fuerzas. Me entiendo bien con “**el viejito**” y su



compañero, que resulta ser un chaval joven. Cazamos a otros tres que iban por delante, así que somos de nuevo seis. En ese momento empezamos a subir un repecho que hace daño a estas alturas de carrera y con la paliza que traemos. **El viejito** empieza fuerte y yo soldado a su rueda. Nos quedamos solos. El repecho resulta ser algo más, como un puerto de tercera. Voy completamente a ciegas. Ayer no miré el perfil del recorrido, pues me iba a llevar todo el gráfico en el maillot y hoy con las prisas, pues se me ha olvidado. No tengo ni idea de nada, sólo se que acabaremos en subida, pues hay que subir hasta el punto desde el cuál tomamos la salida.

Le dejo que marque el ritmo, voy cómodo y no vamos despacio, de nada me sirve irme sólo y su compañía puede estar bien para el final de la prueba, que seguro que será complicado. Vamos muy juntos y en una de estas y al ir mirando el altímetro le toco sin querer. “Hey!!!!”, se queja “**el viejito**”, lo siento le respondo en castellano de Cervantes. Así y sin más novedades coronamos este alto, y comenzamos el descenso del mismo. Vuelve a comenzar a llover. “**El viejito**” se tira hacia abajo. Como os he dicho antes, traza muy bien y aquí no tengo las largas rectas del Julierpass para alcanzarle. Se me empieza a ir. Al principio lo veo, pero con este piso tomo muchas precauciones. Finalmente se me va y dejo de verlo, no he podido evitarlo. Bueno, ya te cogere pienso. Los siguientes kilómetros son entre pueblos con continuos toboganes y la verdad que muy técnicos. Por fin tomo el cruce que nos lleva de camino a Lezerheide. Es la última subida. Esta prueba se ha ido haciendo muy dura y la gente que va por delante van de uno en uno y claramente a menos. La subida final no es muy exigente, pero con lo que traemos detrás no se hace fácil. Yo voy bastante entero y los paso muy rápido. Voy jugando con el 39x17-21. Pero al “**viejito**” no lo veo. Tiene que estar yendo muy rápido porque el ritmo que yo traigo es muy bueno. Finalmente y a falta de dos kilómetros lo veo al fondo de una recta. Intento ir a por él. A falta de kilómetro y medio lo veo mirando atrás, mientras esprinta y adelanta a otro grupo de cuatro corredores. Cada vez lo tengo más cerca, pero también lo está la línea de meta. Entro casi sprintando pero me han faltado cincuenta metros. Me espera en meta, nos damos la mano y le felicito. A continuación vienen niños de la organización y me ofrecen bebida, que acepto gustosamente. Ha vuelto a empezar a llover. Estamos muy pocos en meta. Finalmente he recorrido la prueba en cuatro horas cuarenta minutos. Cuatro horas y media de pedaleo real. Ha sido una pena no haberme metido en el grupo delantero, porque me he pasado la prueba adelantando gente, para acabar el 70 de unos mil participantes.

Decido ir a cambiarme, pues tanto Ángel, que se ha tomado la prueba con calma, como Eudald tardarán un poco en llegar. Subo un kilómetro y pico muy duro para llegar al parking donde se encuentra el coche. Me cambio completamente, que hace frío fuera y además continua lloviendo. Decido acercar el coche lo más cerca de la meta, para que así lo tengan más a mano cuando lleguen. Tras esto, me voy a meta a esperar. Al rato llega Ángel. Le acompaño a cambiarse al coche. Cuando estamos haciendo cola para comer algo, aparece Eudald. No hay duda de que es un hombre de fondo y como él mismo nos comentó, al final acabó adelantando a mucha gente que iba muy justita. Para poco más tenemos tiempo. Comer algo y mientras Eudald se cambia tenemos la ocasión de hablar con una preciosa cicloturista suiza, que al vernos hablar en castellano se ha detenido para hablar con nosotros. Nos comenta que se ha cruzado todos los pirineos en bici. Es muy simpática y guapa, pero no nos hagamos ilusiones, se los ha cruzado en compañía de su novio. ¿Quién la pillara? ¿A ver dónde encontramos una machaca como esta?



Cogemos el coche y tomamos dirección Italia, en concreto a Domodossola. Cuesta un rato llegar sobre todo en los kilómetros finales. Hoy es domingo y hay mucho más tráfico. Finalmente a las cinco de la tarde llegamos a esta localidad italiana. El año pasado con el **Kulak** estuvimos aquí, así que rápidamente les llevo al mismo hotel. Es bastante limitado, pero tiene lo mínimo necesario. Tras la ducha aprovecho para tumbarme un rato que hoy el madrugón ha sido tremendo. Me quedo frito escuchando música hasta que me avisan para ir a cenar. El lugar para cenar está adjudicado, el restaurante Barcantonio, donde el **Kulak** y un servidor nos dimos un festín el año pasado, si alguna vez pasáis por allí, no dejéis de visitarlo. Yo hasta me acuerdo de lo que pedí el año pasado y pienso repetir. Tomaré una pizza de jamón y champis y unos escalopines al limón. Eudald vuelve a pedir tres platos y deja boquiabierto a la camarera, pues aquí las raciones y las pizzas son suficientes, pero claro no saben que apenas hemos comido y que llevamos ya catorce horas levantados. Quién me lo iba a decir a mi, cenando a la siete y media de la tarde. De postre un rico tiramisú. Tras salir de allí nos vamos a dar una pequeña vuelta por el pueblo y aprovechamos para tomar un café en una terraza. Qué diferencia con Austria, las “ragazzas” italianas, salen muy preparadas y arregladas. Tras un breve paseo regresamos al hotel, hace una noche agradable y calurosa y es que hemos abandonado la altitud que nos ha acompañado los días anteriores y estamos a apenas 300 metros sobre el nivel del mar.

Mañana llega el que a priori es el puerto más duro de todo el viaje. Los números del Alpe Fuorí así lo atestiguan. Las jornadas pasan y la recuperación está siendo muy buena día tras día, así que, ¿quién dijo miedo?